



**CARVALHO**

**PROBLEMAS DE IDENTIDAD**

**Carlos Zanón**

Carlos Zanón



Carvalho:  
problemas de identidad

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carlos Zanón, 2019

© Herederos de Manuel Vázquez Montalbán

Tanto Carvalho como los demás personajes creados originalmente por Manuel Vázquez Montalbán se autorizan bajo licencia y autorización de los Herederos de Manuel Vázquez Montalbán

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2019

Depósito legal: B. 28.395-2018

ISBN: 978-84-08-20148-9

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ÍNDICE

---

1. Madrid Barcelona . . . . .	11
2. Matar es oro . . . . .	19
3. Una pistola en la barriga, Tom Jones . . . . .	28
4. Vuelta a casa . . . . .	39
5. Montaña de Montjuïc . . . . .	50
6. Gente extraña en casa . . . . .	57
7. Gaudí te odia . . . . .	63
8. Glaciar . . . . .	72
9. La mujer portuguesa . . . . .	80
10. Colirrábanos espirulina . . . . .	96
11. Tapas españolas chinas . . . . .	112
12. Nuevos ministerios . . . . .	124
13. Cena a los postres . . . . .	132
14. Elvis vive . . . . .	140
15. Miénteme hasta la verdad . . . . .	154
16. Play stop play . . . . .	164
17. Mala hostia . . . . .	179
18. No deberíamos estar haciendo esto . . . . .	189
19. Superman II . . . . .	196
20. Todo el amor del mundo . . . . .	203
21. Narcopisos . . . . .	210
22. Novia uruguaya camuflada de argentina . . . . .	217
23. Aquí yace Elizabeth Rosetti . . . . .	226
24. 11:30 . . . . .	235
25. No quiero hablar de eso . . . . .	249
26. Cabezas crujientes de becada . . . . .	257

27. Podredumbre noble .....	269
28. Asedio de Amèlia .....	278
29. Ayudando a la poli .....	288
30. Hamburguesa con patatas y cola .....	295
31. TLP Mon Amour .....	303
32. Ebrio y urgente .....	319
33. Traerse el sumiso de casa .....	329
34. Paquete postal .....	337
Agradecimientos .....	347

## MADRID BARCELONA

No sé cuántos millones de cadáveres es ahora Madrid, pero sé de uno que se acaba de ir decepcionado de esta habitación, arrastrando las cadenas del Fantasma del Biblioteca Pasado cuando fue ganadora del Premio imponiéndose a argentinos, colombianos y otros entes lingüísticos amigos. Estoy desnudo en una amplia habitación del Hotel de las Letras, y en sus paredes hay palabras poderosas de Kapuscinski que no importa que igual no sean verdad. Palabras sobre una tribu que sólo tiene el pasado que puede alcanzar la memoria del más viejo. Adoro esas tribus, las que no olvidan, pero puestos a elegir prefiero las tribus que saben recordar y lo hacen.

La exescritora que aún no sabe que es ex ya se marcha. Se bambolea —cofre de madre astur y maneras de padre mexicano— al ritmo que ella misma marca en las teclas del móvil en el pasillo de acceso a los ascensores. Un «Estoy llegando» escrito con pericia sobre la pantalla del iPhone a su marido, un santanderino adicto al Frenadol en sobres y al *Babelia* de antes de que fuera de antes, prohombre de la edición dura en tapa blanda.

Qué largo el camino desde el deseo que no existía, la descarga y el «Mejor me voy».

Sí, mejor te vas.

Urgencias de huida.

Se va porque hoy no tenía que ser ella la que estuviera aquí, sino Mi Novia Zombie.

La que no contesta, la que se moría de amor hace apenas

dos semanas, la que se volatizó. Menudo detective eres que no sólo pierdes a falsos muertos, o clientes con minutas pendientes, sino también a la supuesta mujer de tu vida.

—¿No te cansa vivir la vida así...? —me preguntó la escritora nefasta.

—¿Qué quiere decir «así»?

—Con desinterés. Como si no te importara. Como un suicida.

—Es tarde y te esperan.

«¿No te cansa vivir la vida como un suicida?» interpeló la heroína, Leonor Zurita, a su amante apabullantemente byroniano en la página 65 de la futura novela negra de provincias aún por escribirse.

Pobre mujer ella, pobre tonto yo.

Por fuera, coches que rugen de madrugada en la Gran Vía madrileña, pequeños y veloces edificios que tosen por sus tuberías rotas. Esta noche más que nunca, tengo la mitad de mi cuerpo Garfio y la otra mitad Peter Pan. Cojo la segunda Heineken del mueble bar para que la cerveza de importación —y no algo digno como un buen vino o un Ardbeg rebajado con agua— me haga sentir miserable. Como mandan los cánones, me dejo caer en el sofá y echo un vistazo al enjambre de sábanas en el que un sexo rabioso ha sido ejecutado, sin más delito que el de maltratar la noche.

«¿Por qué la gente ahora se deprime y nadie se pone triste que es algo al alcance de todos y lejos de las farmacéuticas?».

La verdad es que no quise oírme responder y callé cualquier respuesta. A ella ni le importó:

«¿Te he hablado de mi próxima novela?».

Todo el rato.

Incansablemente.

Incluso cuando te mordía la boca para que te callaras.

Novia, Novia Zombie, te interpelo directamente ahora: quizás no has venido porque estás en Abismo Clase A, diseñado a tajos de buena cocaína y maldad con paracaídas. ¿Es eso? O porque me estás protegiendo. Siempre dices eso:

te protejo. ¿De qué demonios has de protegerme? ¿Quieres convencerme de que tienes buen corazón? ¿Cómo reseguir e interpretar entonces esos gestos tuyos de niña cruel, esas alas volátiles, ese mohín de «Despide tú al servicio que hoy me mareo apenas pongo el pie en el suelo»? Juro que uno no buscaba todo esto, ya de viejo, sabiéndose las trampas, y menos hacerlo de la mujer del gánster, y ahora, heme aquí, oh *infeliz*, todo un Vincent Vega, y más si el gánster es Luis Carbonell, rutilante asesor gubernamental de ministro del PP moderado, tibio y aún no imputado —al menos esta noche— por corrupción.

Oh, Carvalho, no seas idiota y reconoce que también es probable que tu Novia Zombie no haya venido porque no quiere seguir con esto, porque ha calculado y optado por futura maternidad, nivel de vida y un cajón de pastillas a un autónomo de cuota mínima, mujeriego feminista, amante subnivel supervivencia y un cajón de calcetines negros y dos de deporte lavados y doblados desde los victoriosos años noventa, fecha del último recibo pagado a Gimnasio Colón.

Admítelo: no eres para nada una buena inversión. Con lo bien que te iba todo cuando apenas eras verosímil.

Levanto el segundo botellín alemán. Te saludo y te añoro, Escritor, vecino, padre, vampiro. Qué fácil es la vida cuando alguien la ordena y pone causas y efectos, réplicas inteligentes, un final sensato. Me miro desde fuera como él me miraría hoy y me sacaría a hostias del libro que estoy mentalmente escribiendo de esto. Eres puro cliché, Pepe: borracho, solo, desnudo y desesperado. Así que, para evitar chapotear aún más en lugares comunes, me acerco al armario y cojo un bote de golosinas —gentileza del hotel literario— y, entre la cerveza y los plátanos de dulce, ya soy menos pasto de libro y más yo.

Me estoy poniendo epifánico. Lo noto. Pase, pase, Señor Parsifal. Está en su casa, pero intente ser breve y arañe lo justo, que no estamos para muchos desgarros. Si se fija bien, traque-



teando ruedas en el barro, el carro de La Santa Compañía ya llega por allí, melancolía y ánimas en vela. Igual coinciden. Igual ni se estorban. Igual son parte del mismo cuento usted y ella.

¿A quién quiero engañar? Quiero que entres por esa puerta y me digas, ok, mátame, está bien. Cualquier excusa valdrá. Algo como que has estado abducida por los extraterrestres y ésa es la causa por la que no podías atender mis llamadas ni acudir hoy a esta cita. Claro, por supuesto, cómo no se me ocurrió antes, los extraterrestres, sí, joder, vaya torpeza la mía. Al verte llegar, diría: «Ok, bésame, cállate».

Estilo de vida, gastar sin saber, seguridad, la fiesta que unos sólo pueden escuchar desde la cocina: la vieja historia de siempre, la del tirador zurdo de Manchette, el Pijoaparte mientras la moto se desliza por la carretera del Carmelo, el oso zúngaro del circo Ringling haciendo reír y disfrutar a la audiencia de posibles.

Dinero, dinero, dinero.

Arriba y abajo.

Enciendo el televisor y, cómo no, Catalunya.

Una manada en estampida de bisontes, *tietes* y alumnos troleros del Liceo Francés saltarán después de este verano sobre el abismo, esperando que el *virolai* y la UE los suspendan en el aire, pero me temo que eso no va a ocurrir.

Banderas y banderas en balcones y solapas.

Los cuatreros españolotes, por su parte, están asustados, excitados, superados: no se lo pueden creer de terrible y goloso que es.

Y, en medio, los buenos inmaculados, los maniqués señalando con un dedo la izquierda, con el otro el calentamiento global y con la nariz las deportivas de Nike hechas en la India.

Banderas patriotas, banderas idiotas.

Nunca dejes las llaves de casa a los del bate de béisbol, a los de la peineta, a los de Catalunya será Zamora o no será.

Más banderas en consistorios y en las calles.

Qué bebido, Carvalho, borracho, enfermo, viejo.

Clic. Silencio. Paz.

Acudo hasta la ventana. Mal actor, buen autómeta. Los cristales empañados. Escribo con el dedo en el vaho las seis letras de la palabra MIERDA y a través del contorno miro los carriles de Gran Vía mientras —lo imagino, lo visualizo, me rompo— Carbonell te tendrá prisionera, atada a una columna de mármol o a una copa de Cardhu y un paquete de Winston, y seguro que arrastra una pierna imitando a Ricardo III. Seguro que Carbonell leyó a Shakespeare. Seguro que borda sus líneas de villano y tú de casta viuda. Qué bebido, Falstaff, borracho, condenado, viejo.

Podíamos habernos ido lejos, ser felices, Novia Zombie. De alguna manera que no sé explicar esta vez, la manera más imposible era la propicia.

Felices en Roma, Siria o en Bangkok, pero lejos del aeropuerto, que allí se me quedó un amigo.

Hay un montón de cosas que tus padres, de chaval, te dijeron y a las que tú no hiciste el más mínimo caso y que, ya viejo, sabes que te hubiera ido mejor de haberlas atendido. Durante años, de crío, sólo me lavaba una de las manos cuando íbamos a comer, la única que supuestamente iba a utilizar para coger el pan, la fruta o el tenedor. En una ocasión, mi madre se quedó en la puerta del lavabo, relamiéndose los bigotes hasta que yo me percaté de su presencia y la miré. El agua seguía cayendo sobre mi mano. Ni tan siquiera me la había enjabonado porque para eso hubiera necesitado la otra mano y hubiera cortocircuitado mi propuesta de mínima higiene. Recuerdo su sorna al decirme:

*«Neno, para rezar e pecar, pecha a porta dentro».*

Que recuerde esa frase viene muy a cuenta en estos momentos en los que todas mis fuerzas están focalizadas en brazos y espalda, tratando de que esos dos armarios empotrados no consigan su objetivo: meterme la cabeza dentro del inodoro, restregarme la cara contra mis propios orines, porque aho-

garme ya lo veo pelín exagerado. Sólo quieren darme una lección, intimidarme, evitar que vuelva a verla, que haga de Larra en Joséalfredo —«Mírate al espejo: ¿ves qué buena pareja hacemos, Pepe?»—, que regrese a Madrid, una ciudad tan poderosa que ha sobrevivido a Ana Botella y a Joaquín Sabina.

¿Qué hubiera cambiado, madre, si hubiera cerrado la puerta del lavabo de esta cafetería de Cedaceros? Nada. Que tendría a esos tipos fuera, esperándome, aporreando la puerta, tratando de doblar ese pestillo que nunca —ni de chaval ni ahora— me digno en utilizar, quién sabe si como rebeldía inocua como la mayoría de las rebeldías que uno esgrime de adolescente. Los tipos no aflojan, joder, y llegan las primeras arcadas con el olor a meados, y lo que tienes en la espalda, Carvalho, es un *pikolino* —sin cordones: no hay clase posible en esos pies— que te utiliza como émbolo. Gritan, pero no sabes qué dicen. Lástima de todo el serrín de la capital que debes estar llevándote con tus pantalones recién planchados en el servicio de habitaciones del Hotel de las Letras donde ayer —tan lejos ya— pasó lo de Juliette Binoche y una noche —tan extraña y más lejos aún— cenaste vino, queso y besos con esa mujer que ahora te dicen que dejes en paz.

Me tiran del pelo hacia atrás para sacarme del inodoro y comprobar si me sé la lección de memoria. El tipo —llámemosle Pixie— que me tiene cogido de mi maltrecha pelambreira rebusca en mis bolsillos hasta que da con el billete de AVE. Tiene una expresión casi cincelada por un bisturí demasiado empeñado en que esa jeta se pareciera a un guardaespaldas *vintage*, de los que no consiguieron evitar que disparando a Jackie matáramos a Jack. Rubicundo, ojos pequeños y muy juntos, labios en una boca que me encantaría reventar con un puño americano. Mosca rubia debajo de labio inferior. No consigo ver a su compañero —eh..., ¿Dixie?—, puesto detrás de mí. El uno le pregunta al otro que cuándo me voy. Una hora me queda. Pueden estar tranquilos: Atocha está a quince minutos.

—No te queremos por aquí —dice Pixie—. ¿Lo has entendido? Déjalo estar o lo de menos será lo de hoy. Te hemos avisado de todas las maneras posibles. ¿Lo has *pillao*? Ella no va a volver a verte. Lo sabemos todo. No hay línea ni mensaje que no escuchemos o leamos. ¿Entiendes eso también?

Digo que sí con la cabeza mientras me sientan en el suelo del lavabo y noto cómo se me empapa el culo. Es humillante, pero al menos es una sensación que viene desde fuera. Soy el ciudadano que nadie enfoca con su cámara cuando se convierte en héroe. El Brando al que ahostian y que el productor elimina del metraje de la película. Una perfecta croqueta de sangre y serrín.

—¿Seguro que lo has entendido, catalán?

—*Eu entendo perfectamente...*

Y es que creo que hemos de construir un país distinto y plurilingüe desde ya mismo.

—No te entiendo si me ladras.

—Digo que entonces lo de pactar un referéndum ni hablarlo.

Una hostia Anacleto en toda la cara por parte de Dixie y se largan. Por experiencia sé que nunca se mata en las primeras escenas al gracioso. Una buena réplica a tiempo alarga los seriales, sino de qué Moriarty.

Después de unos segundos, me levanto, me miro en el espejo, veo la magnitud del desastre, me peino y salgo. Los dos camareros hacen como que no se han enterado de nada. Uno, sudamericano, mira el televisor, preocupadísimo porque Bale, esta mañana en Valdebebas, no ha bromeado con sus compañeros. El otro, del país, me mira de reajo. Pregunto qué le debo por el café y el serrín.

—No salga así a la calle. Tómese algo antes.

—Póngame un orujo frío.

Llega el orujo. Se va el orujo. Llega otro. Se queda un rato reposando, pero también se va. El orujo. Yo debería hacerlo también.

—¿De dónde es usted? No tiene acento de nada.

Se lo digo.

—Ya —casi parece apenarse—. Aquí, ya ve. Una alcaldesa un poco Juana la Loca y una plaga de toquillas y niños de rizos engominados. No sé en qué anda, pero váyase con cuidado con gente así.

—¿Sabe guardar un secreto?

—No.

—Usted es mi hombre.

Le digo el motivo de la inquina con la esperanza de que mañana se sepa en todo Madrid: Carbonell suena para el futuro equipo de gobierno de la Comunidad de Cifuentes. Me siento un poco Mario Cabré, pero mi papel de Lancelot interpretado por san Juan Bautista se queda enseguida sin texto y no entro en detalles. No me cobra los orujos, para que luego digan que no hay puentes tendidos entre comunidades hermanas. Arrastro mi cuerpo maltrecho hacia Atocha. En mi fuero interno y anormal aún espero verla en la estación, en el primer piso o en medio de las mil tortugas del laguito ese demencial. O eso o un mensaje en el móvil o un avión surcando los cielos de ese azul tan Madrid con una frase para mi esperanza. Pero la realidad se ciñe al guion y no sucede nada.

Ya están los pasajes subiendo al tren de alta velocidad. Localizo mi asiento y me dejo caer. Ventanilla. Nos ponemos en marcha. Anuncian una película de amor, cáncer y redención. Al lado, un traje y corbata me mira de reojo las manchas carmesíes de la camisa. Le ignoro mientras me coloco auriculares y busco en mi móvil algún «Grandes Éxitos» gratuito que contenga las menos minas antipersona posibles. Ya empieza a dolerme el cuerpo y elijo que suene Aznavour. Soy consciente de que Aznavour no es una buena elección porque suele encontrarse examantes a la vuelta de cualquier esquina y les pregunta si han sido felices los últimos veinte años. Pero, esforzándome, mi francés puede ser lo malo que yo quiera.